

Actualicemos el Credo de ayer para el cristiano de hoy

*EDUARDO MALVIDO MIGUEL**

¿Por qué hablamos de actualizar el Credo?

La gente que asiste a las eucaristías conoce el Credo, aunque en su recitado mezclen el Credo corto y el Credo largo... y sean incapaces de recitarlo a solas. *La gente es más o menos consciente de los 5 maravillosos contenidos que se proclaman en uno o en otro Credo, a saber:*

1. Creación.
2. Encarnación del Hijo.
3. Vida, muerte y resurrección del Hijo.
4. La escatología inicial del tiempo de la Iglesia.
5. La escatología plena de la salvación.

La gente cristiana que proclama cada domingo el Credo (largo o corto) adivina, tras las grandiosas afirmaciones del Credo, que la religión cristiana, gracias a Jesucristo, le ofrece una felicidad que supera a todo lo pensado y anhelado por los hombres. *Los cristianos del montón saben y saborean en el Credo (largo o corto) una felicidad que tiene que ver directamente con la vida misma de Dios, una felicidad sobrenatural para nosotros: la*

* Profesor titular de Cristología en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas "San Pío X". Lección inaugural del curso 2000-2001 en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas "San Pío X". Madrid.

de ser hijos de Dios a imagen y semejanza de Jesucristo, el Hijo del Padre humanizado históricamente hace dos mil años y, ahora humanizado también celestialmente desde que fue resucitado por el Padre, después de haber vivido como hombre histórico, es decir, como nosotros, unos 33 años.

Los cristianos corrientes, que son capaces de rezar en privado y de entender bastante bien el «Padre nuestro» y el «Ave, María», sospechan al menos que cuando confiesan el Credo en la Eucaristía de los domingos están recordando las 5 grandes maravillas, las 5 fascinantes hazañas que Dios ha hecho por la felicidad o salvación de los hombres. Nuestros cristianos intuyen que en el rezo del Credo el horizonte de la existencia humana se amplía y multiplica mucho más que cuando rezan el «Padre nuestro» y el «Ave, María»; que las inteligencias se iluminan con verdades refulgentes que no aparecen en el «Padre nuestro» ni en el «Ave, María»; que los corazones están a punto de reventar con el enunciado de tanta felicidad, que en el «Padre nuestro» y en el «Ave, María» también suena, pero con sordina...

Sí, estoy convencido de que el Credo (largo o corto) de la Eucaristía de los días festivos constituye hoy por hoy la mejor síntesis de las maravillas de Dios («mirabilia Dei») para el pueblo cristiano actual, síntesis, por otra parte, a la que este mismo pueblo tiene acceso gracias a la proclamación semanal del Credo en nuestras iglesias. Así, *el Credo resulta ser casi el único instrumento que tenemos para llevar a cabo la catequesis de adultos.*

Pasemos ahora a hablar de actualizar el Credo de ayer para el cristiano de hoy, de cómo se puede actualizar.

1.ª actualización: de lenguaje y de léxico

Los Credos de nuestras eucaristías han sido compuestos en realidad por gente experta (obispos que eran a la vez buenos teólogos) en respuesta directa a las

herejías proferidas por cristianos también cultos. Por eso, a nadie extraña que el lenguaje de los Credos suene a los oídos de los cristianos de cualquier época, también de la nuestra, como *un lenguaje solemne, denso, complejo, contundente, puntilloso, lejano...* El poeta Juan Bautista Bertrán habla, agradecido, de «la belleza augusta de mi Credo, polifónico y grande cual sonata».

A cualquiera se le ocurre la primera actualización: la actualización lingüística y, más en concreto, la léxica. Hay que *utilizar un tono de lenguaje más familiar*. En este sentido, es preferible el *Credo de los Apóstoles* al *Credo nicenoconstantinopolitano*, ya que el primero aplica a Jesucristo el apelativo familiar de «Hijo único» del Padre y el apelativo de «santo» al Espíritu, sin meterse en profundidades metafísicas, como hace el *Credo de Nicea-Constantinopla* hablando de la «sustancia» divina del Hijo y del «proceso» intradivino del Espíritu.

Respecto del uso de las palabras y de su significación, habría que adaptar ciertas expresiones de los Credos al nivel de conocimiento del hombre contemporáneo:

La cláusula, por ejemplo, del *Credo de los Apóstoles*, «descendió a los infiernos» no significa el infierno de los condenados, sino que descendió al lugar inferior, subterráneo, de los muertos, Para evitar equívocos, el *Credo de los Apóstoles* podría decir que Jesucristo «descendió al lugar donde impera el poder de la muerte».

Un segundo ejemplo es el término «juzgar» que aparece en los dos Credos («desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos»; «de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y a muertos»). El término «juzgar», tanto en contexto jurídico como ético, suele ser casi sinónimo de condenar. En cambio, si de acuerdo con el Evangelio «Dios (Padre) no ha enviado a su Hijo a juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (Jn 3,17), podemos muy bien leer «salvar» en lugar de «juzgar»: «desde allí ha de venir a salvar plenamente a vivos y muertos».

Pero esta primera actualización del Credo (utilizando un estilo lingüístico más cercano y unas expresiones más actuales que reflejen mejor lo que se quiere decir en realidad), *aunque necesaria, es insuficiente.*

2.ª actualización: inculturar modernamente los contenidos del Credo

La historia de la salvación va desde los orígenes del mundo hasta su consumación o plenificación. Las cinco «mirabilia Dei» ya mencionadas están y estarán siempre en los símbolos de la fe cristiana. No deben faltar nunca dichos contenidos. Pero lo que puede cambiar –y debe cambiar– es la visión cósmica y la correspondiente visión teológica a la hora de entender el mensaje del Credo.

Los cristianos que redactaron esos Símbolos de la fe lo hicieron desde una comprensión precientífica del mundo o, si se quiere decir esto mismo desde la óptica religiosa, formularon el Credo viendo a Dios, que interviene en todas y en cada una de las cinco grandes etapas de la historia de la salvación, de un modo ingenuo, «naif», mágico, carente de seriedad metafísica en su trato con el mundo, o con la naturaleza y la historia.

1. A propósito del origen de la historia de la salvación (protología)

¿Cómo se imaginaban al Dios Creador? Pues como *alguien Todopoderoso que hizo el universo de modo casi instantáneo, y totalmente acabado, perfecto.* Las imágenes posteriores del Creador como Arquitecto o como Relojero reproducen fielmente la idea de Dios Creador que tenían los Padres de la Iglesia.

Los cristianos de cultura helenística no intuyeron siquiera que fuera posible compatibilizar un Dios Creador y una acción creadora de Dios que estuviera, como está, evolucionando siglo tras siglo. En cambio, encontraban manifiestamente incoherente el acontecimiento de la creación del hombre

por parte de Dios y la evidencia histórica de los pecados humanos. Para evitar semejante incoherencia brotó la idea del «pecado original» de los protoparentes de la humanidad como clave explicativa de la abundante existencia del mal en un mundo creado paradisiacamente por Dios...

Hoy día cualquier cristiano culturizado modernamente admite la realidad de un mundo todavía en expansión y la enorme responsabilidad de los hombres en el desarrollo mismo de la creación de Dios. *No por considerar la historia y la naturaleza como campo de competencia también humana, los cristianos creemos menos en Dios Creador.* Al contrario, pensamos que un Dios que cuenta con el hombre para la buena marcha de un mundo en evolución es más admirable y más creíble que el Dios que, Él solito, terminó de crear el universo en seis días.

Es infinitamente más difícil pensar en la casualidad como origen del mundo cuando el mundo es visto como lo que realmente es: no una fascinante obra acabada de arquitectura, un infalible reloj automático, sino un gigantesco cuerpo vivo que está expandiéndose ordenadamente por sus incontables células... Ya no se trata de acertar una sola vez con el número larguísimo de la lotería sideral, sino de estar «cantando», instante a instante, la combinación sucesiva que permite a todo este mundo, en su conjunto y en sus miembros integrantes, evolucionar armoniosamente. Como escribe A. Delaunay, del Instituto Pasteur, de París: «El mundo es inteligente..., todo sucede como si hubiese sido ordenado... Y por ello de nuevo vuelvo a rechazar el azar, en el sentido de Monod» (*Dieu existe? Qui*).

Con la experiencia que tenemos de nuestra propia historia personal y de la historia en general de los pueblos, todos los que pertenecemos a la cultura científico-técnica estamos seguros de que los primeros pasos de la humanidad sobre el planeta Tierra (como nuestros primeros pasos de niños) fueron los pasos más inciertos, dubitativos, limitados, peligrosos..., siempre inferiores a los que damos ahora por nuestras tecnópolis. *En modo alguno los protoparentes homínidos pueden ser considerados como prototipos,*

como modelos de perfección en nada para los descendientes posteriores. Toda la gente moderna madura sabe ya definitivamente que el paraíso no se encuentra en los comienzos de la historia ni en el seno materno...

2. A propósito del transcurso de la historia de la salvación (historia propiamente dicha)

Lo que los autores del Credo de ayer pensaron y dijeron acerca del origen del universo puede ser ampliado y aplicado a la historia de la humanidad. Su visión de la historia carecía de análisis crítico. Los Padres de la Iglesia continuaban basándose en la idea y en el sentimiento religiosos de un Dios que interviene poderosamente en la naturaleza y en los hechos de la vida humana a favor de los buenos y en contra de los malos. Este intervencionismo o intrusismo divino no sólo no tiene en cuenta las leyes comprobables de la naturaleza y de la historia, que no tienen nada que ver con la bondad o la maldad de las personas y de los pueblos, sino que, además, contraviene frontalmente la Voluntad de Dios Creador, que ha dispuesto con absoluta confianza en los hombres que sean éstos los dueños y señores del universo creado por Él.

Son muchos todavía los cristianos que creen a pies juntillas que Dios dirige imperiosamente los hechos extraordinarios y cotidianos de la naturaleza y de la historia en beneficio de los «suyos», de «su» Iglesia, de «sus» fieles devotos..., y en perjuicio de los que no se acuerdan de Él y en especial de los que le rechazan. En el caso de la humanización histórica del Hijo unigénito del Padre, muchos cristianos piensan todavía que Jesucristo murió derrotado y humillado en una cruz porque, antes de la Pasión, renunció amorosamente a recurrir al poder infinito que como Dios tenía intacto, como antes de la Encarnación...

Los hombres modernos han descubierto y comprobado desde hace muchos años atrás que ni la naturaleza ni la historia están pobladas de dioses intrusos. El hombre contemporáneo se ve y se siente capaz de regir la naturaleza

y la historia por derroteros determinados, aun cuando demasiadas veces los derroteros elegidos estén puestos al servicio del egoísmo de las minorías poderosas.

Los cristianos moldeados culturalmente por la modernidad reconocemos, en primer lugar, la soberanía y la libertad del hombre sobre la naturaleza y la historia como dos de los mayores dones del Creador. Pero, además, en segundo lugar, nos empeñamos en que los mencionados dones, la soberanía y la libertad humanas dentro del mundo, respondan en nuestro caso al plan salvífico de Dios, a la Providencia divina, aun cuando ello ponga nuestras vidas en serios compromisos y en graves peligros, como ya le sucedió al Hijo humanado del Padre, al primer cristiano, a Jesucristo.

3. A propósito de la meta de la historia de la salvación (escatología)

Más que en los orígenes de la historia humana y más que en el transcurso de la misma, donde más se suele «disparar» la fantasía creyente de los cristianos es en el horizonte del final de la historia de la humanidad, en el horizonte de la escatología plena. Precisamente, *en un terreno como el de la otra vida*, en el que la razón humana palpa sus profundas limitaciones, *ahí es donde el creyente cristiano antiguo hace entrar más en juego a la omnipotencia divina.*

Los Credos hablan de «la resurrección de la carne», o de «la resurrección de los muertos»... ¿Cómo se entendía dicha resurrección? Pues de un *modo material, corpóreo*. Los Padres de la Iglesia se imaginaban la resurrección como una reconstrucción portentosa de los cuerpos que la muerte descompone, hace añicos y dispersa por la tierra o por el mar. ¡El Dios resucitador aparecía a los ojos de los cristianos de los primeros siglos como el Dios más omnipotente, mucho más que el Dios creador! Como ejemplo de lo que digo escuchemos hablar a Rufino de Aquileia sobre el particular:

«¿Por qué valoras en tan poco la potencia divina, juzgándola impotente para recomponer y reparar, a su forma original, el polvo de cualquier carne, mientras ves que incluso el hombre detecta las vetas de los metales en lo profundo de la tierra? [...] ¿Ni siquiera concederemos al Creador del hombre cuanto puede hacer el hombre por Él creado? Si la capacidad de éste logra descubrir bajo la superficie de la tierra diversas vetas de oro, plata, bronce, plomo y hierro, ¿no crearemos a la potencia divina capaz de hallar e individualizar el compuesto propio de cada carne, aunque parezca disperso?»

Nosotros los cristianos modernos, que miramos la cultura científico-técnica como el mayor avance visible de la creación de Dios, *somos también muy conscientes de las limitaciones de dicha cultura*. Sabemos de sobra que las máquinas no sirven para descubrir a Dios, ni para medir el amor, ni para deshacer hostilidades, ni para juntar dos manos en son de paz, ni para hacer desaparecer el hambre en la tierra, ni para arrancar una sonrisa de unos labios tristes, ni para aumentar en nosotros un gramo de esperanza..., ni muchísimo menos para explicar cómo puede ser eso de la humanización gloriosa de los hombres muertos.

Tratándose de nuestra vida escatológica plena como hijos de Dios, *los cristianos modernos hablamos de ella basándonos en lo que el Padre ha llevado a cabo en su Hijo Jesucristo*. La resurrección de Jesús fue posible porque antes la naturaleza humana de un individuo fue asumida por el Hijo incorruptible. Si el difunto Jesús no fuera la Persona del Hijo eterno del Padre, su cuerpo muerto se habría convertido en cadáver, como el de un hombre más. La ya realizada resurrección de Jesús ha hecho posible nuestra futura resurrección. No sabemos cómo ni cuándo será, pero *estamos seguros de que nuestra futura resurrección está bien fundamentada y arraigada en la humanidad ya resucitada de Jesucristo*.

Si sobre la resurrección de los que se salvan no conocemos ni el cómo ni el cuándo, mucho menos podemos hablar de la situación o paradero escatológico de los que no se salvan (infierno)...

La cultura científico-técnica, que siempre se mueve sobre hechos y modelos referenciales, puede ayudarnos a no hacer de la escatología, como ha sucedido lamentablemente en el pasado, el campo preferido de la ficción teológica.

3.ª actualización: vivir el Credo también comunitariamente

Antes de desarrollar un poco esta tercera actualización, reparemos en el hecho curioso de que los Credos de la Iglesia dan en su articulado un salto enorme, pues se pasa directamente del nacimiento de Jesús (artículo 3.º) a su pasión y muerte en la cruz bajo el poder de Poncio Pilato (artículo 4.º). Se omite nada menos que la vida histórica propiamente dicha de Jesús. El silencio sobre la parte central de la biografía de Jesús tiene su explicación en unos textos como los Credos que han sido compuestos en respuesta a las herejías que iban surgiendo en el correr del tiempo. En cambio, los evangelios, escritos después de haberse superado la equivocada creencia de que el Señor iba a manifestarse pública y definitivamente en una fecha próxima del calendario, tenían como objetivo mostrar a los cristianos de las generaciones posteriores a los Apóstoles cómo vivió Jesús, el primer cristiano, las situaciones del transcurso ordinario de la existencia, de modo que todos los cristianos tuviéramos en Jesús de Nazaret al modelo cabal.

En un intento serio de actualizar el Credo de ayer para el cristiano de hoy, no se puede dejar de lado la historia de Jesús, desde sus primeros años hasta el comienzo del viacrucis. Felizmente, el Catecismo de la Iglesia católica, siguiendo la tradición teológica de la Edad Media, ha vuelto a comentar los misterios de la infancia, vida oculta y vida pública de Jesús dentro del artículo 3.º del Credo. Nosotros debemos actualizar sobre todo el tramo más dilatado de la historia de Jesús, contrastando el modo solidario y servicial de vivir la vida por parte de Jesús (verdadero mesianismo cristiano) y el modo competitivo e impositivo de llevar a cabo las relaciones interpersonales por parte de los judíos en general, también de los primeros

cristianos y de los cristianos posteriores, en especial de los cristianos de la era de la globalización (mesianismo clásico).

Con ser elogiado y tremendamente arduo el propósito de actualizar culturalmente el Credo de ayer, no es tarea suficiente ni tarea principal para transformar en asequibles y asimilables las realidades del Credo al cristiano de hoy. El Credo es ante todo una cuestión de vida, un asunto que interpela sobre todo a nuestro modo de vivir.

En todas las épocas es una verdad comprobada que la vida supera con creces al pensamiento, de modo que *si no se vive como se piensa, se termina pensando como se vive*. Pero esto último es muchísimo más real en la época actual, debido a que la cultura científico-técnica favorece globalmente, planetariamente, una sola forma de vivir: la forma materialista o consumista de vivir. ¿Quién es el hombre contemporáneo que se libra del torrente del bien-vivir y del bien-estar que nos embiste y arrastra río abajo?

Por lo apuntado, no basta con que lleguemos a entender teóricamente a fondo el artículo o enunciado de nuestros dos Credos más conocidos. *Al cristiano de hoy se le exige de manera urgente y prioritaria –más que al cristiano de ayer– que viva el Credo*, que no se contente con pensarlo tan sólo. Si vivimos apegados a los bienes de este mundo como vive la inmensa mayoría de los hombres, es prácticamente imposible que creamos, por ejemplo, en la resurrección de los muertos y en la otra vida. Es significativo que Colleen McDannell y Bernhard Lang, autores del libro *Historia del cielo*, anoten como dato novedoso de la actual cultura científico-técnica, sin precedentes en toda la historia anterior del cristianismo, la honda y real crisis de la fe de los cristianos en la existencia misma del cielo¹.

¹ Cfr. *op. cit.*, pp. 441-442.

Las mayores y más conflictivas contradicciones no son las que se dan dentro de la mente humana entre las diferentes y hasta opuestas maneras de pensar, sino las que *ocurren entre la forma de pensar y la forma de vivir*. Cuando Pablo VI habla (EN, núm. 20) del drama de nuestro tiempo, de la ruptura entre Evangelio y Cultura, no se refiere a un planteamiento teórico del binomio Fe-Razón (que es lo que hace Juan Pablo II en su *Fides et Ratio*, sino a la forma secularista de vivir de nuestros contemporáneos, que se contraponen por completo a las orientaciones del Evangelio de Jesús.

Si no es posible sustraerse a la vida planetaria secularista, *tampoco es posible vivir individualmente los cinco magníficos contenidos salvíficos del Credo*. Hoy es más necesario y urgente que nunca formar grupo con otros cristianos y procurar vivir en común los ideales y valores del Evangelio. *Se trata de integrarse en pequeñas comunidades cristianas*, en pequeñas «sociedades de contraste» (G. Lohfink) *si se quiere sobrevivir* en la inmensa y siempre creciente selva social del bienestar...

Termino citando unas palabras del documento de la Conferencia Episcopal Española *Catequesis de adultos*, núm. 52, donde se nos insta a los cristianos modernos a una nueva evangelización no sólo individual, sino también comunitaria:

«En el momento cultural que vivimos, en el que la secularización afecta al cristianismo por dentro se precisa una nueva evangelización no sólo de los creyentes aisladamente considerados, sino de las comunidades cristianas en cuanto tales.»